

Frances Kissling: una católica feminista

Josefina Hernández Téllez

Mis dudas sobre la Iglesia surgieron cuando era muy joven, tenía 12 años. Lo que me distorsionó todo es que mi madre, a pesar de ser una buena mujer, era discriminada. . . Ella no podía comulgar porque había sido casada dos veces”, rememora Frances Kissling, una de las teólogas feministas más importantes de la organización internacional *Católicas por el Derecho a Decidir*.

De familia y formación educativa católica, afirma del origen de su actual proceder que “estaba muy interesada en el catolicismo, pero no exactamente en sus prácticas sino en sus fundamentos. Mi interés era más bien intelectual ante esta situación de claro sexismo.

“Recuerdo que, años más tarde, visité a un padre para discutir el problema de mi mamá y ver la posibilidad de que ella recibiera la comunión. El arreglo que me dio fue:

mi madre podría recibir el sacramento si dejaba de tener relaciones sexuales con mi padrastro. Y, por supuesto, no podría comulgar en público porque sería un escándalo”.

“Fue una experiencia profunda sobre la hipocresía de la Iglesia”, afirma la presidenta de este grupo católico, y sentencia: “la gente de la Iglesia estaba loca, no le preocupaba el ser humano sino su reputación”.

Pese a todo, Frances Kissling, dice que al terminar High School, ingresó a un convento y ahí tuvo mucho tiempo para reflexionar y llegó a la conclusión de que “a la Iglesia no le interesaban las personas y que no creía ya nada. Me salí del convento y no quise saber más”.

Por mucho tiempo olvidó toda su formación católica y fue hasta que se legalizó en 1970 el aborto en Nueva York que ella, al estar trabajando sobre el problema, revivió sus concepciones religiosas y se dio cuenta que feministas y católicas

convergián en una misma cuestión: “el aborto es un asunto moral y ético. La Iglesia tenía mucho que ofrecer en este aspecto”.

“Fue tiempo de cambios, de transformaciones positivas porque feministas de origen católico comenzaron a llevar su feminismo a la Iglesia”.

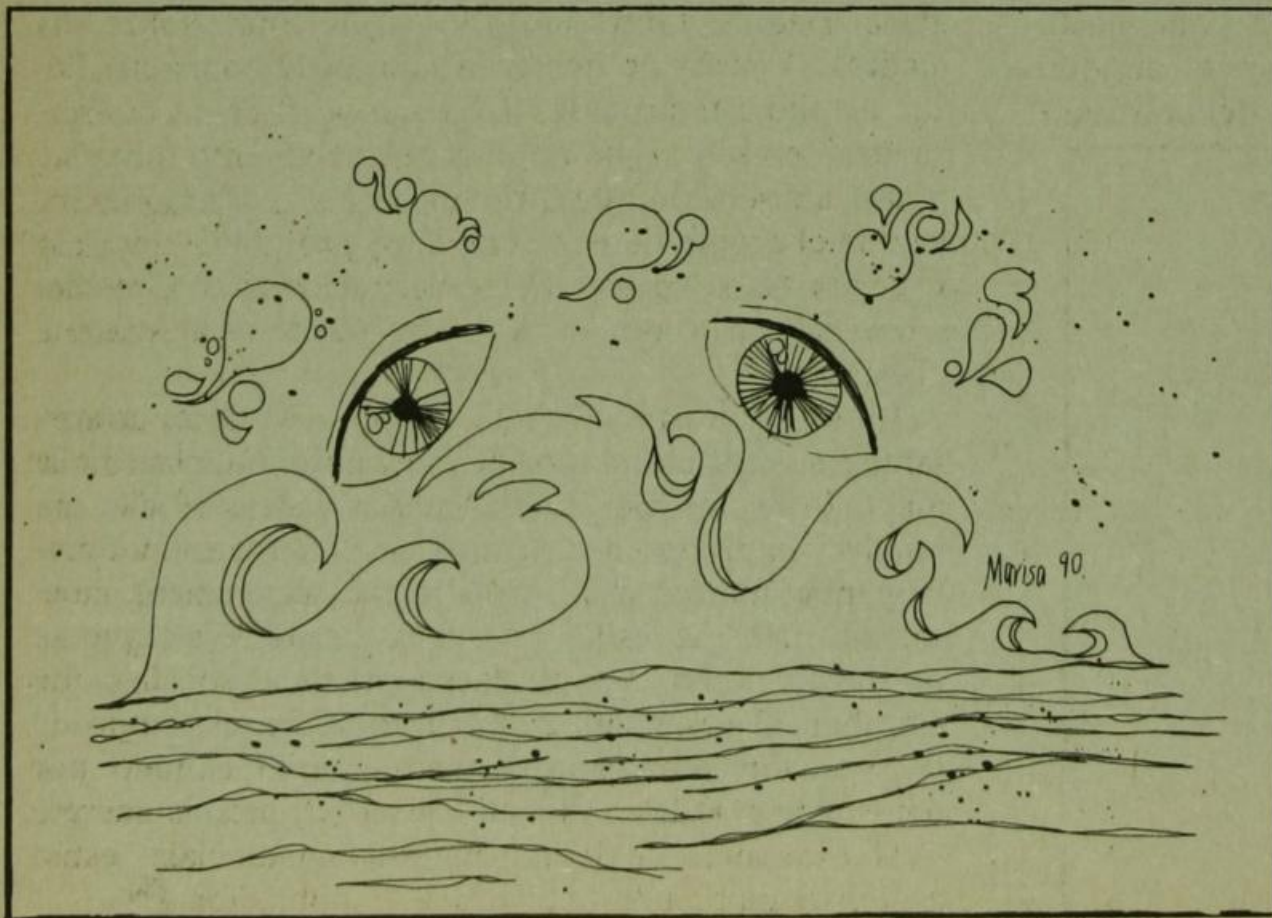
Situación que fue el caso concreto de Kissling, quien retomó y enriqueció su formación religiosa para discutir sobre un tema que los teólogos aún se niegan a discutir: el aborto.

Un acto, que de acuerdo a los planteamientos de estos singulares cristianos —15 millones en los Estados Unidos, distribuidos en 28 ciudades—, es de conciencia.

Las *Católicas por el Derecho a Decidir*, consideran que el pronunciamiento del máximo jerarca de su Iglesia (el Papa), tiene que ver con la condena que existe para la mujer y la sexualidad. Hecho que es adverso para la capacidad de decisión de la mujer dentro de la estructura eclesiástica.

Frances ve así, en las condenas hacia la decisión femenina de abortar, un odio y menosprecio que se evidencian en la prohibición de usar anticonceptivos y en la negación de ordenar mujeres al sacerdocio.

En su obra *Mujeres e Iglesia*, menciona un caso específico de desconfianza hacia la mujer por parte de Juan Pablo II en su documento *Mulieris Dignitatem*: “repite su prohibición de ordenar mujeres al sacerdocio, lo que es más inquietante de este Papa es su “visión” de la mujer. Es un concepto del romanticismo victoriano; una vez más estamos definidas por nuestra biología. Sólo dos caminos se nos abren: ser vírgenes o madres” (p. 117).



Además de este estrecho panorama, Kissling ha cuestionado la razón de los que se oponen al aborto al calificarlo como un "asesinato", e igualmente ha encontrado serias contradicciones, pues los líderes eclesiales "sugieren —o afirman abiertamente— que los fetos son *personas*, y que tienen un derecho absoluto a la vida. . . Esta es la razón, dicen, de la actual prohibición de la Iglesia de cualquier aborto, sea cual sea el período del embarazo o la razón, aun la de salvar la vida de la mujer embarazada" (p. 114).

Sin embargo, aclara Kissling, a nivel teológico no se ha podido determinar cuándo se puede decir que el feto es una persona. E incluso se ha reconocido esto en la Declaración del Vaticano sobre el Aborto Intencional, emitido por la Congregación Vaticana de la Fe.

Y más: "cuando una mujer tiene un aborto espontáneo no se bautiza al feto, esto implica que no lo vemos como una persona. Tampoco

hacemos funerales para estos abortos espontáneos ni tenemos ceremonias en la Iglesia".

Desde su perspectiva de católica crítica, Frances ve la oposición de los líderes y jerarcas como una clara actitud por retener el poder. El que sólo se admitan hombres para el sacerdocio y se les haga jurar a los obispos que no ordenaran mujeres, preserva la estructura y si a esto se auna la represión de la mujer en sus derechos se le anula como ser humano.

De aquí, que las *Católicas por el Derecho a Decidir*, al trabajar por el respeto al aborto estén trabajando también por la democratización de la Iglesia, porque a decir de Frances Kissling, "no hay nada en la teología que impida que sea democrática".

"Y esta lucha concierne igualmente a las mujeres del tercer mundo que del primer mundo, porque si de algo me di cuenta es que nuestra formación y problemas como cató-

licas son los mismos. No hay diferencias como en otro tipo de luchas, la feminista, por ejemplo".

De la más avanzada corriente teológica de la Iglesia católica, como lo es la de la liberación, Frances Kissling externó que ésta no cuestiona en ningún momento el papel de la mujer.

"Los curas plantean problemas de curas (hombres) de todo el mundo. Los problemas que atañen a mujeres son menores, no tan importantes como los que ellos tratan. Y por otra parte, tampoco se meterían en más problemas de los que ya tienen. Pretenden que las mujeres no existimos en esta discusión".

Finalmente, condena la doble moral de la Iglesia, quien condena el aborto pero no la guerra. Los obispos de Estados Unidos, "están preocupados por excomulgar a las mujeres que abortan, y no a los generales que hoy matan gente en el Pérsico. Esa es su doble moral".

ECONOMIA

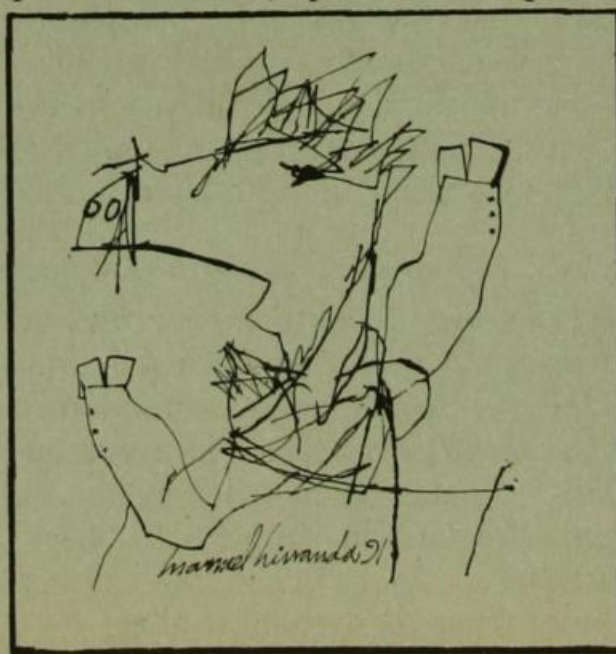
Pantaletas importadas

Patricia Muñoz Ríos

- *La Maldición de la Malinche*
- *Lo que nos espera con el libre comercio*

De pronto vimos aparecer de un día para otro, grandes inventarios de productos alimenticios extranjeros o "de importación", hasta en las tiendas de autoservicio más populares. Ahí estaban (y están) los codiciados chocolates gringos, los enlatados españoles, el spaguetti italiano de a de veras, los vinos alemanes o las galletas danesas, y pues. . . compramos "algo" para probar nada más y porque además había cosas baratas.

Algunas nos acercamos a aquellos anaqueles llenos de artículos extranjeros por pura curiosidad y otras por adoración, pero nadie podrá



tirar la primera piedra y decir que no compró o consumió nada extranjero en 1990.

Muchas veces ni nos enteramos de que eran artículos de importación, hasta que en la primera lavada nos dimos cuenta que la pantaleta cuyo diseño nos encantó y conseguimos a un precio muy barato en el tianguis de la esquina, era de Taiwán y fue importada por la empresa. . . bla, bla, bla.

Nadie buscó explicaciones técnicas, como el hecho de que esos grandes inventarios de productos extranjeros se debían ni más ni menos a que México abrió sus puertas totalmente al comercio internacional, aunque es innegable que el co-